

**V. SACRAE PAGINAE STUDIUM..  
VELUTI ANIMAE SACRAE  
THEOLOGIAE**



## INTRODUCCION

Siempre ha creído la Iglesia que en los escritos agrupados hoy bajo el epígrafe de «La Biblia» se encuentra atestiguada de un modo peculiar la Palabra y Revelación personal de Dios. Hasta el siglo xvi la Iglesia leía e interpretaba esos libros de acuerdo con su propia experiencia, en la convicción de que el Espíritu de Cristo habitaba en ella. Sin embargo los estaba leyendo también, aunque de ello fuera menos consciente en épocas pasadas, a través de sus ideas, puntos de vista y formas de vida históricas. Estas, al ser parte integrante de una Iglesia divina, pero también humana, arrastran el desgaste de lo caduco y las huellas del pecado.

Esta lectura obvia hizo crisis con la Reforma protestante. Lutero y los demás reformadores hicieron consistir su misión en modelar o reformar la Iglesia de acuerdo con la Palabra de Dios, tal como estaba atestiguada en los Libros Sagrados. Desde entonces la lectura de la Escritura comenzó a hacerse críticamente. Junto a una lectura eclesial de la Biblia se dará asimismo una lectura bíblica de la Iglesia. Tal lectura se puede prestar a multitud de exageraciones. La polémica interconfesional hizo adoptar posturas que en una actitud serena se hubieran matizado muchísimo más, y posiblemente se hubieran convertido en acuerdo. Aun así e independientemente de ello, quedó planteado de forma nueva el «cómo» de la lectura de la Escritura y sus relaciones con la experiencia actual de la Iglesia (Escritura-Tradición).

La neo-escolástica de la Restauración, acentuando la tendencia que se venía dando ya en el catolicismo, puso el peso de forma excesiva, según el parecer actual, en las ideas concretas y formas históricas de «la vida de la Iglesia de entonces». Utilizó y leyó prácticamente la Biblia como prueba de sus afirmaciones. De forma parecida a lo que ocurrió con la Filosofía, cabría hablar de un cierto ancilarismo de la Escritura respecto a la Teología (denominada sucesivamente a lo largo de estos

cien años Escolástica, Dogmática o Sistemática). No se trata ahora de una crítica (las causas históricas suelen ser muy complejas), sino de la constatación de un hecho que ha durado hasta tiempos recientes.

El Concilio Vaticano II supuso asimismo la constatación y ratificación de una lectura diferente de la Biblia. *Mutatis mutandis* la podríamos denominar *de algún modo* como «desancilarizada». (De algún modo, ya que la moderna Hermenéutica nos enseña que todo lector interpreta o «esclaviza» siempre el texto según su propia pre-comprensión.) Esta nueva lectura de la Biblia, en alguna forma «autónoma», venía a coincidir igualmente, como en tiempos de la Reforma, con la constatación y confirmación de la Iglesia como *sancta simul et semper purificanda*.

\* \* \*

Tras lo dicho quedan planteadas las líneas de fuerza de esta sección. A. Vargas-Machuca va siguiendo en un primer intento, paso a paso, la función de la Escritura en la Facultad teológica del Colegio Máximo de Oña. Es verdad que Oña, dentro del horizonte de habla hispana, apenas destacó por sus exegetas. Estos no ofrecieron, p.e., ninguna colaboración al Comentario aparecido en la B.A.C. (*La Sagrada Escritura. Texto y Comentario*), hecho que contrasta con las abundantes aportaciones dentro de la misma colección a los terrenos de Teología Sistemática, Moral, Espiritualidad, Historia del Dogma y de la Iglesia. Con todo, tampoco se puede decir que la exégesis que se explicaba en Oña fuera radicalmente distinta del resto de la exégesis hispana y aun católica. El trabajo de Vargas-Machuca, verdadero «trabajo de romanos», supone la historia (creemos definitiva) de un botón de muestra, sí, pero en el que se puede reflejar todo un entorno.

Dos artículos, uno del Antiguo y otro del Nuevo Testamento, deberían por su parte expresar alguno de los muchos síntomas que se han producido ya, como consecuencia de este cambio en la lectura de la Biblia dentro de la Iglesia. Así J. R. Busto expone a modo de ejemplo la nueva valoración y el creciente aprecio por la Literatura Sapiencial. Esta ha sido considerada siempre por el catolicismo, al menos de iure, como parte integrante del canon. De facto había sido utilizada poco en el terreno teológico, a excepción de las luchas arrianas. La liturgia la ha utilizado fundamentalmente en relación a María.

*El descubrimiento de la Sabiduría en Israel* nos hace ver que el Antiguo Testamento no puede quedar reducido sólo a «la Ley y los Profetas». (Circunstancias imprevistas han impedido que el otro artículo, referido a la nueva valoración que ha experimentado la obra lucana

—de Lucas «historiador» a Lucas «teólogo»— haya podido ver la luz, juntamente con su paralelo de A.T.)

Finalmente A. M. Artola analiza con precisión el cambio experimentado a lo largo de estos cien años en la valoración de la Escritura como Palabra de Dios. El concepto de Dios «auctor» resulta hoy inadecuado y debe ser explicado con otras categorías y bajo otra óptica.

\* \* \*

Así, a lo largo de estas páginas se podrá constatar la realidad de este *cambio*: La Biblia tiene hoy dentro de la Teología católica y la vida de la Iglesia una autonomía de la que *de facto* carecía hace cien años. La Iglesia es efectivamente también *Ecclesia semper reformanda*. Se «intuye» asimismo que en esta obligada «reforma» la Biblia desempeña un papel de primerísimo orden. Pero *el problema* del «cómo» leer la Escritura *sigue en pie*, a pesar de los diversos planteamientos e intentos de solución.

La *Escritura como obra literaria* está sometida a los condicionamientos culturales de su época y no nos puede, por lo tanto, ofrecer modelos de comportamiento e imágenes dogmáticas válidas sin más hoy. ¿Cómo y para qué leer entonces la Biblia, si hay que interpretarla? La clarificación del valor de la Escritura en la Iglesia y en la Teología dista mucho de haber encontrado una solución válidamente aceptada: ¿*norma non normata?*, ¿*norma normans?*, ¿*veluti anima sacrae theologiae?*

Quizás en la celebración de un segundo Centenario de la Facultad se puedan ofrecer soluciones más concretas y universalmente aceptadas. Esperamos de los exegetas una contribución básica y específica (es decir, desde la propia Biblia y la propia exégesis, y *no* desde una teología sistemática manca) a esta tarea de la Teología.